

flancos totalmente descubiertos. Los imperialistas no necesitaban mas que poséer un poco de sentido comun para pensar en hacer una salida como la hicieron, puesto que la misma situacion les estaba brindando á probar fortuna.

Salimos en el acto de la casa perteneciente á la familia del gobernador en donde nos encontrábamos, montamos á caballo y todos al galope nos encaminamos por el rumbo del Campo Santo con objeto de llegar antes que las columnas y poner en alarma á nuestra linea. ¡Vano intento! Por donde quiera que nos dirigiamos encontrábamos las calles obstruidas por las columnas del enemigo, que se cebaban en nosotros haciéndonos un fuego vivísimo el cual se cruzaba de todos lados por encima de nuestras cabezas. El blanco que presentábamos era el de nueve hombres montados. Nos vimos precisados á contramarchar encontrándonos de nuevo con una columna de infanteria que nos hizo una descarga casi á quema-ropa, quedando allí muertos nuestro criado José María y su caballo, lo mismo que uno de los oficiales que nos acompañaban. No tuvimos otro recurso los siete que quedábamos, que retroceder otra vez mas para coger las hondonadas del rio teniendo que hacer un gran rodeo, que no nos daba mas seguridad sin embargo, porque en todo el trayecto íbamos sufriendo los fuegos cruzados de las trincheras, alturas y piquetes que habia emboscados en todas las calles cuidando la espalda á las columnas que se habian destacado.

No tuvimos mas que otro oficial levemente herido lo mismo que dos de nuestros caballos, que pudieron

CAPITULO XIII.

A DISPERSOS.

Era evidente que se trataba de sorprender nuestra linea arrollándola por los flancos. El gefe de la plaza, aun suponiéndole torpe, que no lo era el general Oronoz, tenia que aprovecharse naturalmente de todas las ventajas que los nuestros estaban dándo le y que eran, fuera de otras muchas, la falta de vigilancia y mas de la mitad de la linea fortificada á descubierto, sin tener siquiera secciones de caballeria que estuvieran por aquel lado de observacion. Esto es, los nuestros se habian limitado á ocupar una pequeña zona frente á la linea fortificada del enemigo hacia el noroeste de la poblacion, dejando lo demas enteramente libre, los

continuar en aquella prolongada y rápida carrera. Bien sabíamos que no llegaríamos á tiempo de dar aviso del ataque que se preparaba, conformándonos la circunstancia de haber dado motivo al fuego nutrido que se nos dirigia. Esto, pensábamos, debe necesariamente dar la suficiente luz á los nuestros para que se preparen cuando ménos á la defensa.

Nos conformaba además la observacion que hizo uno de nuestros compañeros sobre que el fuego era general en la plaza. Pudiera ser muy bien que se hubiera ya empeñado el combate y que los nuestros hubieran anticipado la hora del asalto aprovechando el momento en que la mayor parte de las fuerzas enemigas estaba fuera de las fortificaciones.

Seguimos corriendo, el doctor y yo llevábamos mejores caballos, y cuando ya no habia un peligro común, comenzamos á adelantarnos.

—¿Qué piensas de esto? me preguntó el doctor.

—Que estamos perdidos, le contesté.

—El tiroteo es muy vivo, me dijo, casi puede decirse que por aquel lado hay un combate reñidísimo.

—Son nuestros pobres infantes que están haciendo el esfuerzo último dentro de sus agujeros.

—¿No crees que podamos triunfar?

—¡Imposible! Los nuestros han sido sorprendidos completamente y en la situacion mas crítica. Los de la infantería se encuentran sin gefes, mientras que los de caballería están metidos en las casas robando.

—Pero D. Julio.....

—Don Julio ha sido cortado por el rumbo del Campo Santo como por este lado lo fuimos nosotros.

—¿No tendrá tiempo de incorporarse al grueso de nuestras tropas?

—Creo que no: porque para recorrer la línea tuvo que alejarse mucho evitando los fuegos de las alturas.

Seguia escuchándose el tiroteo muy sofocado, como si el combate principal se librara dentro de las casas que habian sido horadadas para que los nuestros pudieran asaltar las fortificaciones en pocos segundos.

Cuando llegamos á las posiciones que ocupaban los nuestros, la confusion era completa y la derrota esperada ya, si no determinada.

Preguntamos por el general en gefe que lo era por el momento el gobernador García: nadie decia que lo hubiera visto. Es decir, no habia regresado de su expedicion y aun se creia que hubiera sucumbido con sus cincuenta dragones, pues no era hombre que se resignara á ver un combate, en que habian sido sorprendidos los suyos, con indiferencia.

Rojas se habia aliviado de sus males, estaba montado en su caballo mas lijero, habia mandado cargar las mulas del dinero y tenia consigo el mejor escuadron de caballería, el único bien organizado y que premanecia intacto para que lo escoltara.

Tenia buen ojo y habia consentido ya en la derrota.

Cuando nos vió llegar se acercó á nosotros y me dijo al oido:

—Vámonos yendo.

—¿Pero como nos vamos, si el combate está muy vivo en la línea? ¿como hemos de abandonar á los nuestros? le pregunté.

—Ya no queda mas que Neri con unos cuantos infantes, que serán muy pronto hechos prisioneros.

En ese momento llegó un coronel todo revolcado; sin armas, sin sombrero y herido. Este nos dijo:

—Que esperan Vdes? Ya perdimos.

En efecto, en aquel momento venian por las calles nuestros dispersos como una avalancha y los fuegos habian disminuido notablemente, en tanto que las campanas repicaban y las bandas del enemigo celebraban u victoria tocando dianas.

—Vámonos, volvió á decirme Rojas.

—Y D. Julio?

—Si no está muerto, él nos alcanzará. Aunque yo creo que salió por otro camino y va delante de nosotros.

—Está bien, dije, y nos pusimos en marcha, en el mejor orden, relativamente.

Esto es, íbamos un poco de prisa, pero no llevábamos tanta que se comprendiera al vernos que estábamos en completa derrota.

El orden conque nos movíamos solo duró unos cuantos pasos, pues que al llegar á la orilla de la poblacion salian algunos de los de Simon Gutierrez y Rochin corriendo desafortadamente y dando los gritos mas desatemplados de ¡Ahí vienen!.....! nos vienen flanqueando! gritos que nunca dejan de oirse en ninguna derrota y que contribuyen á difundir la desmoralizacion y á hacer el pánico mas terrible. Es mas fácil que un cobarde haga amedrentar á un ejército de valientes, que un valiente haga electrizar á unatropa de cobar-

des. El miedo es siempre mas contagioso que la intrepidez.

Así fué como aquellos bandidos que poco antes se volvían baladronadas, amenazas y valentias, hoy se alejaban á todo el correr de sus caballos con las quijadas caidas y gritando: ¡ya vienen!...., ¡nos alcanzan...! estamos cortados!.....

Hubo un momento en que estos gritos dados con toda la destemplanza del miedo, llegaron á infundir temor en el mismo ánimo de Rojas que era por lo comun esforzado, el cual volvió la cabeza y preocupado como estaba dijo perdiendo el color:

—Vamos mas récio: allí viene un trozo de caballeria cortándonos.

—Son dispersos de los nuestros, le dije.

No me oyó siquiera y volvió á exclamar dirigiendo sin cesar la vista hacia atrás:

—¡Vamos á perder este dinero!

Notó que iba yo á tomar otro camino y entonces me dijo:

—No se aparte Vd. de mi: no lo conocen á Vd. estas gentes y son capaces de matarlo por quitarle lo que lleva.

La refleccion era justa. Aquellos valientes que volvían azorados la cara al peligro, eran muy capaces de asesinar á cualquiera por robarlo, principalmente en el desorden de una derrota.

Y aquella era por cierto una de las mas desordenadas: en vano uno que otro gefe queria introducir la buena forma en la marcha: apenas lograba formar un

grupo de treinta ó cuarenta hombres, cuando venian corriendo algunos de los galeanos que gritaban ¡“ahí vienen!” y con eso habia para que todos se dispersaran.

No se puede por mas que se quiera hacer comprender á las gentes desmoralizadas que la union de los grupos en una derrota infunde mayor respetabilidad y que mas peligro se corre con los propios y estraños cuando se estravian caminos separándose del movimiento que sigue el grueso de la tropa dispersa. Naturalmente veinte ó cincuenta hombres armados pueden defenderse mejor que uno solo, é infinidad de veces hay en que se necesita despues de un descalabro estar listos para la defensa comun.

Sea como fuere, aquellos hombres acostumbrados á ser insaciables en la victoria para apoderarse de lo ageno; lo mismo que poco misericordiosos con el vencido, al que casi nunca daban cuartel, con aquillea huida presentaban el aspecto mas siniestro, ya fuera porque unos vociferaran queriendo comerse al mundo, ya fuera porque los mas con sus gritos, sus carreras y su desorden contribuian á hacer pavorosa aquella retirada, en que hasta las mulas cargadas con el dinero corrían peligro de quedarse sin defensa.

Rojas sin embargo no quiso retirarse de ellas ni quiso que yo me le separara tampoco para que fuera autorizada con mi presencia la escolta que llevaba ó porque aquel cuerpo de dragones que tan conocido mio era no llegara á participar de la desmoralizacion general viéndome siempre á su lado. El mismo Rojas

llegó á decirme que mutuamente nos serviriamos de garantia.

La fuerza que veniamos viendo á nuestro lado desde la salida de Colima, seguia avanzando por nuestro flanco derecho y los gritos de los que pasaban por junto de nosotros al galope, nos hacian creer en un peligro serio.

—Es caballeria, dijo Rojas.

—Entonces es D. Julio, dije yo, porque el único escuadron que tenia Oronoz fué ayer destrozado en las calles cuando llegamos.

—Es verdad! dijo Rojas como si le quitaran un gran peso de encima.

Trabajo nos costó entónces encontrar un *valiente* que fuera á reconocer á los que venian á nuestro flanco.

Era en efecto el gobernador de Colima con su escolta de cincuenta hombres engrosada con mas de cien dispersos. El nos refirió que habia sido cortado por una fuerza muy superior habiendo estado á punto de caer prisionero con todos los suyos. Gracias á que conocian muy bien el terreno y á los buenos caballos que montaban, pudieron salvarse, no sin sostener un desigual combate.

He aquí el final resultado de aquella jornada.

Rochin, herido y prisionero, murió al dia siguiente.

Simon Gutierrez escapó con unos cuantos que pudieron ensillar pronto ó que habian tomado desde antes esa precaucion; todos los demas soldados de su desarreglada caballeria ó quedaron prisioneros ó escaparon perdiendo armas y caballos.

Herrera y Cairo y Neri eran contados entre los muertos, al día siguiente sin embargo se nos incorporaron llevando consigo el mas insignificante de los grupos salvados en aquella espantosa derrota.

Se perdieron muchos equipajes, cargas de víveres, gran cantidad de municiones de guerra, algun dinero y nuestras dos pequeñas piezas de artillería.

El doctor perdió su botiquín lo mismo que su preciosa caja de amputaciones.

No perdimos banderas porque no acostumbraban llevarlas aquellas tropas.

El botín fué inmenso para los imperialistas, principalmente en caballos y mujeres, pues deben haber tomado entre unos y otras mas de diez mil prisioneros.

Llevábamos al retirarnos el camino de la hacienda de la Albarrada: al oscurecer tomamos una senda extraviada y pernoctamos, al estilo de los salteadores, en el fondo de una barranca á donde no llegaba mas que el agua de un arroyo que se deslizaba por entre la grietas de las montañas.

Nuestros lechos eran de húmeda arena y nuestro pabellón el estrellado firmamento; pero dormimos todos muy bien, dándonos el descanso de seis horas que tanto apetecíamos.

CAPITULO XIV.

MUERTE DE ROJAS.

Ya ántes nos habíamos horrorizado en la travesía que hicimos de Zapotlán á Colima, viendo con la más invencible repugnancia, con el desconsuelo más profundo, con la más grande indignacion, que los soldados de Rojas y Simon Gutierrez quemaban los ranchos, las haciendas y los graneros por el solo placer de quemarlos, y mataban á los hombres y á las mujeres por el gusto de aprovechar aquellos momentos en que se podian cometer los mayores crímenes con la más segura impunidad. Hoy estábamos tambien condenados los pocos hombres decentes que allí habíamos á presenciarse nuevas y más tremendas atrocidades, porque